

El trabajo y la Palabra de Dios

Dr. Justo L. González



Biola University
La Mirada, California
20 de marzo de 2021

El trabajo y la Palabra de Dios

Al abordar el tema de lo que la Palabra de Dios dice acerca del trabajo, me parece necesario empezar por deshacer una idea falsa pero muy común tanto entre los creyentes como en la sociedad en general. Aquellos de ustedes que son dominicanos se acordarán de un merengue que dice: “El trabajo yo se lo dejo solo al buey, porque el trabajo lo hizo Dios como castigo”. Es común pensar que el trabajo lo hizo Dios como castigo. Hay quien dice que en la narración del Génesis el ser humano no tenía que trabajar aparte del pecado, que antes de que hubiera pecado había trabajo, y que el trabajo es consecuencia del pecado.

Pero leamos la historia de nuevo, y veremos que en Génesis 2.15 se nos dice que Dios tomó al ser humano “y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase”. En otras palabras, la idea de que Dios sencillamente puso al humano en el huerto para que se alimentara de él, sin tener más obligaciones y responsabilidades, no es bíblica. La idea que nos hacemos, de Adán y Eva paseándose por el huerto sin más cosa que hacer que recorrer alguna fruta y descansar no es bíblica. La Biblia dice que Dios puso al ser humano en el huerto para que lo labrara. Esto quiere decir que, contrariamente a lo que pensamos, la creación tal como se describe en Génesis no estaba terminada. El huerto necesitaba ser labrado. El ser humano, lejos de no hacer nada, tenía la tarea de labrar el huerto.

Esa tarea se relaciona con la creación misma del ser humano, según se cuenta en el primer

capítulo de Génesis. Allí, Dios decide crear al humano a su imagen y semejanza con un propósito que se manifiesta en su primera instrucción o mandamiento: “Fortificad y multiplicaos; llenar la tierra, y sojuzgarla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”. En otras palabras, Dios hace al ser humano y lo coloca sobre la tierra que ha creado para que gobierne sobre toda la creación a semejanza del gobierno de Dios.

Aquí es importante dejar bien claro que el señorío que Dios le da al ser humano no es absoluto. Es un señorío a semejanza del de Dios. Pensar que Dios nos ha hecho dueños y señores absolutos de la creación ha llevado a la explotación indebida de la creación, y en muchos casos a su destrucción. Pero no. Dios nos ha hecho dueños y señores de la creación a semejanza suya. Y el Dios de la Biblia no es un Dios que abuse de la creación, sino un Dios que la ama. El Dios de la Biblia no es un Dios que exija de nosotros hasta la última gota de sangre, sino que más bien da su sangre por nosotros. Por tanto, si nuestro señorío es señorío a imagen del de Dios, todo lo que sea explotación destructiva de la creación de Dios es usurpación. Nuestro señorío es como el de un mayordomo, pues no somos sino administradores en nombre de Dios. Esta tierra y esos mares que decimos que son nuestros y que explotamos irresponsablemente, no son nuestros. Son de Dios. Son nuestros solamente en el sentido de que, como administradores de los dones de Dios, hemos de imitar el amor de Dios para con toda su creación.

En todo caso, repito, porque es importante que recordemos, que en los primeros dos capítulos

de Génesis ya hay trabajo. Dios coloca al ser humano en el huerto para que lo labre.

Es después, en el capítulo tres, que entra el pecado, y a consecuencia de él viene también la maldición tanto sobre la tierra como sobre la mujer y sobre el hombre. Y es entonces que se le dice “maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida... Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra”.

El trabajo no es consecuencia del pecado. Lo que es consecuencia del pecado es que el trabajo se vuelve trabajoso. El humano tenía una responsabilidad en el huerto y en la creación toda en que Dios le había colocado. Tenía responsabilidad como imagen de Dios, y por tanto como representante o mayordomo de Dios en su creación. Tenía responsabilidad porque era necesario labrar el huerto.

Hay una diferencia entre el trabajo y lo trabajoso. El trabajo es parte del propósito de Dios en la creación del humano. Lo trabajoso es consecuencia del pecado. El cultivar la tierra es parte del plan de Dios. El que la tierra no obedezca fácilmente, y en medio de ella haya cardos y espinas, es consecuencia del pecado. Que el trabajo conlleva dolor y sudor, es consecuencia del pecado. Pero el que haya trabajo no es consecuencia del pecado, sino que es parte del propósito eterno de Dios.

Y no nos quedemos en lo abstracto. El que el trabajo sea trabajoso no es solamente

consecuencia del pecado de Adán. Es también consecuencia del constante pecado social que nos lleva a organizar nuestras sociedades de tal modo que el trabajo de muchos se vuelve injustamente trabajoso. De hecho, se vuelve tan trabajoso, tanto se explota al trabajador, que para una enorme porción de la población el trabajo, el trabajo en el sentido correcto de hacer algo positivo como administradores de la creación de Dios, se divorcia del trabajo como empleo. Para tales personas, el trabajo en el empleo es una obligación, una carga sin otra satisfacción que la de después poder hacer algo constructivo con su familia, en su comunidad, en sus sueños. En otras palabras, el trabajo en el verdadero sentido de la palabra queda relegado al tiempo de ocio. Una costurera en una fábrica trabaja hora tras hora de manera tan trabajosa que pierde de vista el bien que pueda hacer con su trabajo, y lo único que le da satisfacción es lo que puede hacer con el escaso salario que recibe.

Y no se trata solamente las personas explotadas, sino que también, porque no obedecemos el mandamiento de no codiciar, todos perdemos el sentido del verdadero trabajo. Con raras excepciones, se trabaja, no para satisfacer la necesidad de hacer algo creativo a imagen de nuestro Dios el creador, no para contribuir a ese mundo mejor que Dios promete, no para hacer que se haga la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo, sino para salir adelante, para ganarle al otro, para obtener mejor posición. Y hasta los explotadores, los ricachos, sufren de un hambre insaciable de tener más, de una serie de poder que nos recuerda aquello del Génesis de querer ser como dioses. El trabajo de tales explotadores, buscando cómo explotar más, cómo enriquecerse más, cómo mandar más, se vuelve trabajoso—y tanto más trabajoso por cuanto se

opone a los designios de Dios cuando creó al ser humano para que gobernara la tierra, pero para que la gobernara a semejanza suya.

Esto es de suma importancia, pues a veces pensamos que la vida ideal es una vida sin trabajo alguno. Sin embargo, una vida sin trabajo alguno es también una vida sin impacto, una vida sin sentido, una vida perdida. El propósito de nuestra creación, desde el día que nacimos, es que trabajemos, que de algún modo hagamos un impacto sobre esta creación que nos rodea y la llevemos por el camino que Dios desea.

Y todo esto, en la medida de lo posible, debe ser cuestión de gozo, y no de amargura. De trabajo, pero no trabajoso. El libro de Eclesiastés, que ciertamente no es conocido por una alegría desbordante, y que a veces hasta se acusa de ser pesimista, nos recuerda sin embargo del gozo del verdadero trabajo, del trabajo digno, del trabajo a imitación del de Dios: en el capítulo dos dice “no hay, pues, mejor cosa para el hombre que comer y beber, y hacer que su alma vea lo bueno de su trabajo. Yo he visto que esto proviene de la mano de Dios”. En el capítulo tres se repiten prácticamente las mismas palabras, tras hablar acerca de la hermosura de la creación de Dios: “es un don de Dios que este hombre, y beba y goce del fruto de todo su duro trabajo”. En el quinto: “el que Dios le dé a un hombre riquezas y posesiones, permitiéndole comer de ellas, tomar su porción y gozarse de su trabajo, es un don de Dios”. Y por último, en el nueve: “Anda, come tu pan con gozo y bebe tu vino con alegre corazón, porque tus obras ya son aceptables a Dios... Porque esta es la porción de tu vida y del duro trabajo con que te afanas

debajo del sol. Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo con empeño”.

La historia del Génesis, donde se nos dice que Dios puso al ser humano en la creación para que, a imagen suya, tuviera señorío sobre esa creación o, usando otra imagen, para que cultivara el huerto y lo llevara a sus propósitos finales, implica que la creación tal como se nos presenta en Génesis no estaba terminada; que Dios quería que esa creación cobrara nueva forma mediante el trabajo.

Es por esa razón que la narración bíblica empieza en el huerto del edén en Génesis y termina con la gran ciudad santa en Apocalipsis. Entre el huerto y la ciudad está el trabajo humano, el impacto del ser humano sobre la creación en que Dios le colocó.

En cierto modo, podemos decir que desde el punto de vista de la narración bíblica toda, el trabajo, el verdadero trabajo, es lo que cultiva el huerto de modo que se ajuste a los designios divinos. Lo demás puede ser ocupación, puede ser empleo, puede ser carrera, pero no es trabajo en el sentido bíblico, en el sentido de conducir la creación y conducirnos a nosotros mismos por los caminos que llevan a la ciudad celestial.

El pasar del huerto a la ciudad es parte de los designios divinos, aun cuando entre lo uno y lo otro esté el pecado; aun cuando el camino que lleva a la ciudad santa esté torcido, lleno de cardos y espinos; aun cuando el trabajo que lleva del huerto a la ciudad sea trabajoso; aun

cuando en todo esto se vea el sello del pecado. Pero ese sello del pecado no está en el trabajo mismo, ni tampoco en el paso del huerto a la ciudad, sino que está más bien en que el trabajo que lleva del huerto a la ciudad es trabajoso; que la historia que lleva de lo uno a lo otro está llena de violencia, de crímenes y de angustias.

Lo que propongo entonces es que empecemos por redefinir el trabajo. El trabajo—el trabajo bíblico—es lo que hacemos, tanto individualmente como en conjunto, para cultivar el huerto, para que el huerto sea más productivo, para de algún modo movernos hacia la visión de la ciudad que se describe en Apocalipsis. Y aquí conviene recalcar que lo importante de la ciudad no es la conglomeración de gente. Al contrario, la ciudad que el Apocalipsis describe es tan grande que puede fácilmente contener a toda la humanidad como espacio sobrante. La ciudad, en el sentido en que se empleaba esa palabra en la antigüedad, es más bien un orden social, una forma de gobierno, una manera de relacionarse los humanos entre sí.

Lo que el huerto de Génesis y la ciudad de Apocalipsis tienen en común es que en ninguno de los dos el trabajo es trabajoso. En el huerto antes del pecado, la tierra produce su fruto sin necesidad de dolor o de sudor. En la ciudad, el árbol de vida alimenta a las naciones, y Dios enjuga toda lágrima de los ojos de ellos.

Pero, precisamente a causa del pecado, el tiempo entre el huerto y la ciudad no solo conlleva trabajo, sino que es trabajoso. Es un tiempo de dolor y de sudor. Es un tiempo de violencia y de

venganza. Es un tiempo de injusticia y de opresión.

Pero desde el punto de vista bíblico ese tiempo es también camino. Es un camino en el cual el buen trabajo consiste precisamente en aliviar el dolor y el sudor, en sobreponerse a la violencia y la venganza, en superar la injusticia con justicia y la opresión con liberación. Y, porque estamos en medio de una creación afectada por el pecado; y, porque somos pecadores, es un tiempo que no solo conlleva trabajo, sino que es también trabajoso. Tristemente, el pecado pesa no solamente sobre los injustos, los vengativos y los explotadores, sino también sobre los justos, sobre quienes buscan reconciliación, sobre quienes tienen hambre y sed de justicia.

Para todos, la vida se ha vuelto trabajosa. Para muchos, se ha vuelto doblemente trabajosa porque no hay esperanza en el trabajo; porque no hay esperanza en la vida. Para otros, para quienes tienen fe, para quienes atisban la visión de la ciudad gloriosa de paz y de justicia, es una vida trabajosa; pero es una vida en la que también hay esperanza. Y porque hay esperanza, el trabajo cobra sentido, y hasta lo trabajoso podemos soportarlo porque nuestra obra no es en vano, porque de alguna manera estamos siguiendo aquel primer mandamiento de cuidar la tierra y labrarla.

Cuando hoy miramos todo esto, podemos decir que, aunque el merengue y la opinión popular digan que el trabajo lo hizo Dios como castigo, desde el punto de vista de la fe podemos decir que el trabajo lo hizo Dios como oportunidad. En el huerto, era la oportunidad de labrar la tierra

según los designios divinos. Hoy, es la oportunidad de apuntar hacia la Ciudad Santa, de hacer todo cuanto sea posible para que, como prometen los profetas, las espadas se tornen azadones, para que cada cual pueda sentarse debajo de su higuera, y para que nadie les atemorice. Ese es el trabajo que Dios quiere. Ese es el trabajo que Dios manda.

En ese trabajo no estamos solos. El testimonio bíblico no dice solamente que Dios hizo, sino también que también descansó. Porque Dios hizo el mundo, podemos decir que Dios no le dio al ser humano un mundo vacío o desordenado, sino que lo colocó en un huerto, en un mundo en que tenemos que trabajar, y nos dio dos recursos para ello. Dios no es como el faraón que les exigía a los hijos de Israel hacer ladrillos sin paja. Dios nos ha creado en un mundo que debidamente labrado produce leche y miel. Dios nos dio señorío sobre los peces de unos mares que bien cuidados pueden alimentarnos. Dios nos ha colocado en un mundo con orden, y es mediante el conocimiento de ese orden que el ser humano puede hacer que la tierra dé fruto, que haya comida para todos, que de algún modo marchemos por el camino que lleva del huerto a la ciudad.

Y esto no es todo. Nuestro Dios no es solamente un Dios que nos da un huerto y una tierra que labrar, que nos da vida y trabajo, sino que es también un Dios que trabaja. Bien lo dice el Génesis, que en seis días Dios hizo toda su obra y en el séptimo descansó. Dios no nos pide que hagamos lo que Dios mismo no hace. Al contrario, Dios nos da el ejemplo. Como seres hechos a su imagen, nuestra responsabilidad es seguir su ejemplo. Debemos trabajar, porque nuestro

Dios es un Dios que trabaja.

No olvidemos que el mandamiento en cuanto al trabajo y el día de descanso se basa en la imitación de Dios: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él cosa alguna.... Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra y el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó”. Trabajamos en imitación del Dios que trabaja. Tratamos de mejorar el mundo en que vivimos en imitación y obediencia al Dios que de tal manera amó al mundo que dio lo mejor que tenía.

Porque nuestro trabajo es trabajo a imitación del de Dios, y porque hasta Dios mismo descansó, tanto el trabajo como el descanso son mandamiento divino. En el decálogo, el mandamiento acerca de los seis días de trabajo y el día de reposo aparece como el vínculo entre los mandamientos anteriores, que se refieren principalmente a nuestra relación con Dios, y los que siguen, que se refieren a nuestra relación mutua. Los primeros mandamientos nos dicen quién es este Dios que nos manda trabajar y descansar: no te hagas dioses ajenos, no te harás imagen ni te inclinarás ante ellas, no tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano. Y entonces “seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo día es día de reposo, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y reposó en el séptimo día”. Y después de eso vienen los mandamientos que describen el orden por el que Dios quiere que trabajemos: honra a tu padre y a tu madre, no matarás, no cometerás adulterio, no matarás, no hablarás contra tu prójimo

falso testimonio, no codiciarás. Lo que antecede al mandamiento del trabajo y el descanso fundamenta ese mandamiento en el carácter de este Dios único cuyo nombre es santo, y quien a su tiempo descansa. Lo que sigue, respecto a las relaciones humanas, es como un mapa o una directriz del modo en que hemos de honrar a ese Dios único, honrando a nuestros padres y nuestras madres, respetando el derecho ajeno, no codiciando, etc.

Notemos, sin embargo, lo que el mandamiento dice. Hace unos años, estando de visita en una iglesia pentecostal, el pastor anunció que iba a predicar sobre este mandamiento. Yo había escuchado muchísimos sermones—demasiados sermones—acerca de lo que se podía y no se podía hacer en el día de descanso, y la verdad es que no tenía muchos deseos de escuchar otro más. Estaba ya dispuesto a dejar que mi mente corriera por no sé qué caminos, cuando el pastor me sorprendió preguntándole a la congregación: “¿Cuántos de ustedes trabajaron seis días la semana pasada?” Unas pocas personas alzaron la mano. Entonces preguntó: “¿Cuántos trabajaron cinco días la semana pasada?” Unos cuantos más alzaron la mano. Por fin preguntó: “¿Cuántos pasaron más tiempo buscando trabajo que trabajando?” La mitad de la congregación levantó la mano. Entonces el pastor hizo una última pregunta: “¿Cómo es que Dios nos manda trabajar, y vivimos en una sociedad en que no hay trabajo?”

Yo me había criado en una iglesia generalmente de clase de gente media, entre quienes el desempleo era cosa poco común. En esa iglesia, cuando nuestro pastor hablaba sobre este mandamiento, hablaba sobre el derecho al descanso, sobre las protecciones que los sindicatos

estaban buscando para los obreros garantizándoles el descanso, etc. Pero en esta otra iglesia en que la mayoría de las personas estaban desocupadas, el pastor hizo notar un aspecto de este mandamiento que generalmente no notamos. Dios no nos manda solamente que descansemos, sino que también nos manda que trabajemos. Y si vivimos en una sociedad en la que no es posible que todos trabajen, en la que hay muchísimas personas que pasan más tiempo buscando trabajo que trabajando, parte de nuestro trabajo es buscar los modos de reformar esa sociedad de tal modo que las gentes puedan no solo descansar, sino también trabajar.

Digámoslo de otro modo: Si el trabajo es una obligación, es también un derecho. Si creemos verdaderamente que Dios nos ha mandado a trabajar, también tenemos que aceptar que Dios nos ha mandado a trabajar para que todos tengan trabajo. Si no lo hacemos, nos estamos contentando con una sociedad que no les permite a las personas cumplir con el mandamiento de Dios.

AETH

Esto nos llama a hacer cosas difíciles y controvertidas. Esto bien puede llevarnos a situaciones, no solo de trabajo, sino también trabajosas. Si es así que entendemos el trabajo, entonces las palabras de Eclesiastés se refieren a nosotros: “Anda, come tu pan con gozo y bebe tu vino con alegre corazón, porque tus obras ya son aceptables a Dios.... Porque esta es la porción de tu vida y del duro trabajo con que te afanas debajo del sol. Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo con empeño”.